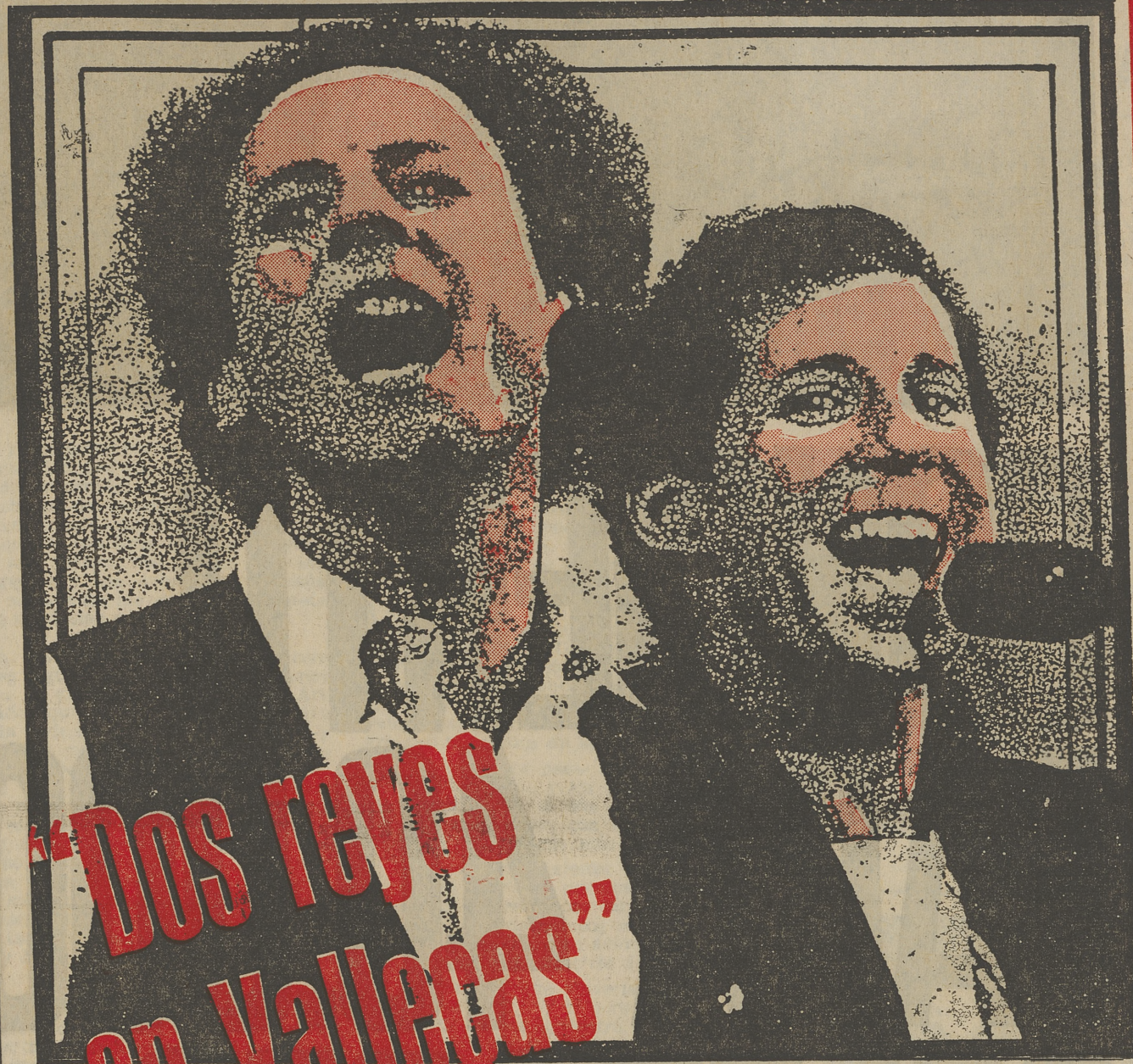




DISCOS PUEBLO



SIMON Y GARFUNKEL



"DOS REYES en Vallecas"

SON las diez de la noche en Madrid, estamos en el estadio del Rayo Vallecano y se escucha un murmullo de ansiedad. Como aquella noche de octubre en el Central Park, de Nueva York, vamos a revivir con Simon and Garfunkel la década prodigiosa, los años sesenta, aquel período de aspiraciones ingenuas, que entonces no lo parecían. Este dúo forma parte de aquel recuerdo, la memoria de los ajados sonidos del silencio.

MUCHO antes de que «Sound of silence» llegara al primer puesto las listas americanas de éxitos, Paul Simon y Art Garfunkel habían recorrido ya un largo y accidentado camino artístico, juntos. Nacidos ambos en 1941. Simón, en los suburbios de Newark, en el seno de la comunidad judeo-húngara, y Garfunkel en medios acomodados, en la cercana metrópolis neoyorquina, coincidieron en el colegio, escenario de los primeros esfuerzos creativos conjuntos. Hasta 1957 no se decidieron a poner a prueba sus primeras ideas y composiciones, entrando a formar parte de un grupo que llegaría a ser enormemente popular entre los estudiantes de las mejores y más pulidas «high school» de la ciudad; el dúo llevaba como nombre el de otra pareja de héroes de la época: Tom y Jerry, e incluso editaron un disco que alcanzó cierto éxito: «Hey schoolgirl». Pero la fama y la suerte de la pareja se desvaneció con la decadencia del «bee-bop», y nuevas alternativas se presentaron ante los dos, todavía por debajo de los veinte años y con planes diferentes para olvidar la ascensión y caída de Tom y Jerry.

ASI, mientras Art Garfunkel dejaba la música y trataba de llevar una vida ordenada y anónima, Paul Simon, sin dejar sus estudios en Queens College, hacía, de vez en cuando y sin especial dedicación, alguna incursión en la música llegando a grabar con grupos poco menos que anodinos —The Mystics, The Passions—, colaboración que no dio en ningún momento frutos excepcionales. Pero esos años, marcados por la decepción y por la búsqueda, de-

jaron algunas partituras llenas de honradez y desencanto que no habrían de ser desperdiciadas: en 1964, anima a su ex compañero a reanudar la aventura, esta vez usando sus nombres propios y decididos a ganarse un lugar en el universo musical americano. Las primeras canciones no les ayudaron, desde luego, a llegar a donde pretendían: predominaban las guitarras acústicas y los aires «folk», en piezas que dejaban ver sin problemas un intento de refundir las protestas de Bob Dylan (a quien Paul Simon dedicaría años después una de sus obras más importantes, «The boxer») y la idea armónico-musical de los Everly Brothers. No eran demasiado buenos, o nadie se dio cuenta los primeros meses de la salida de su primer disco. Un segundo patinazo pareció ser demasiado para Simon, que se fue a Inglaterra a probar suerte con el «folk», y sacó un primer disco en solitario allí: «The Paul Simon book song».

MENTRAS tanto, el productor Tom Wilson había lanzado una versión retocada y ampliada de «The Sound of silence» por cuenta propia, y el resultado fue inesperado y definitivo. A las pocas semanas se había colocado en el número uno. Retomaron el camino abandonado, esta vez decididos de verdad e introduciendo instrumentaciones y

efectos más accesibles a las listas de ventas en la línea folklórico-tradicional con la que habían comenzado. «Homeward Bound» fue, ya en 1966, un éxito en Gran Bretaña, y desde este momento se sucederían los triunfos. «Bookends» fue un disco ambicioso, que, si bien no consiguió lo que pretendía, tampoco significó el más mínimo declive en la carrera de la ahora famosa pareja. La cantidad de premios conseguidos por la película de Mike Nichols «El graduado», a la que dieron banda sonora, y el consiguiente éxito del disco fueron otros tantos peldaños en la irresistible ascensión del dúo, que culminaría en «Bridge over troubled water», el disco más vendido de los 60 y el segundo de todos los tiempos. Poco después de esta llegada a la cima, el tándem, en el que Paul Simon tuvo siempre la batuta, se partió.

LA ruptura sólo terminó tras un encuentro casual, hace unos meses, y dio como primer fruto el fantástico concierto que citábamos al principio de estas líneas. Disco PUEBLO está ahora en Vallecas, esperando, junto a decenas de miles de espectadores, a que se realice musicalmente, otra vez, el talento indiscutido de esta pareja. Ahora, ahora se apagan las luces: ¡va a empezar el concierto del año!

HIT PARADE PUEBLO

Semana del 24 al 30 de mayo de 1982

SENCILLOS

1



«Bésame tonta», O. MONDRAGON.

- 2 «Ebony and Ivory», PAUL McCARTNEY-S. WONDER.
- 3 «Bienvenidos», Miguel RIOS.
- 4 «I wanna be where you are», JOSE FELICIANO.
- 5 «Don't you want me baby», THE HUMAN LEAGUE.
- 6 «Un toque de locura», JOSE LUIS RODRIGUEZ.
- 7 «Me colé en una fiesta», MECANO.
- 8 «You», NIKKA COSTA.
- 9 «Ramito de violetas», MANZANITA.
- 10 «It must be love», MADNESS.

ELEPES

1



«Rock & Ríos», MIGUEL RIOS.

- 2 «Concierto de Central Park», SIMON & GARFUNKEL.
- 3 «Bésame, tonta», ORQUESTA MONDRAGON.
- 4 «Tug of war», PAUL McCARTNEY.
- 5 «Dueño de nada», JOSE LUIS RODRIGUEZ.
- 6 «Architecture & morality», OMD.
- 7 «Mecado», IDEM.
- 8 «Hocked on classics», LOUIS CLARK.
- 9 «José Feliciano», IDEM.
- 10 «La gran movida», STIFF.

Sube. | Se mantiene.
Baja. | + Nuevo en la lista.

LOS líderes, inalterables; pero, eso, sí. «mu» achuchos por dos «monstruos» foráneos. EL PAUL MCCARTNEY incordia ferozmente a Javierito Gurruchaga, y de seguir acosándole así, se plantará, como en el resto del mundo, en cabeza de lista... Pero de momento, ahí tenemos al mozo de Mondragón por encima de un beatle, y eso que el Paul cuenta con la «ayudita» de Stevie Wonder. En fin, que gane el más mejor.

Y en elepés, ídem de lo mismo. MIGUELITO RIOS haciéndose fuerte ante el ataque brutal de los «reyes» SIMON & GARFUNKEL, que para colmo de «males» se nos han venido a actuar a las Españas. Seguro que tenían celos del Ríos y su «Rock & ídem». «Si ese canta tanto, ¿por qué nosotros no? Al fin y al la postre, somos de la misma quinta.» Bueno, así andan las cosas en la cumbre.



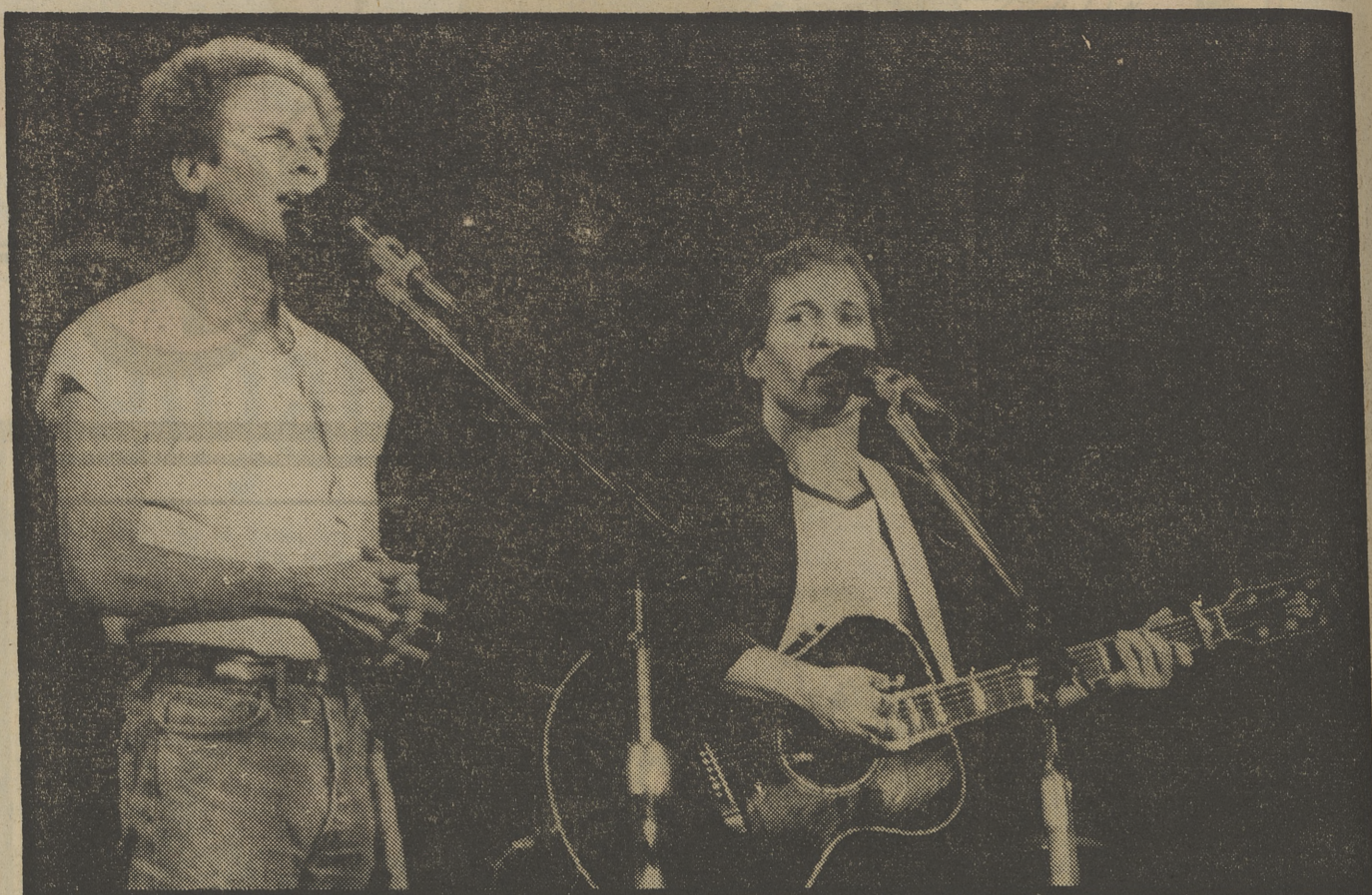
¡Han estado aquí!

TODAVIA apenas una hora después del último tema, parece mentira: los mismísimos Simon & Garfunkel en Madrid, en el estadio del Rayo Vallecano, ante 40.000 personas; después de tantas promesas incumplidas y grandes decepciones —recordemos el reciente timo de Meat Loaf— parecía imposible lo de esta noche.

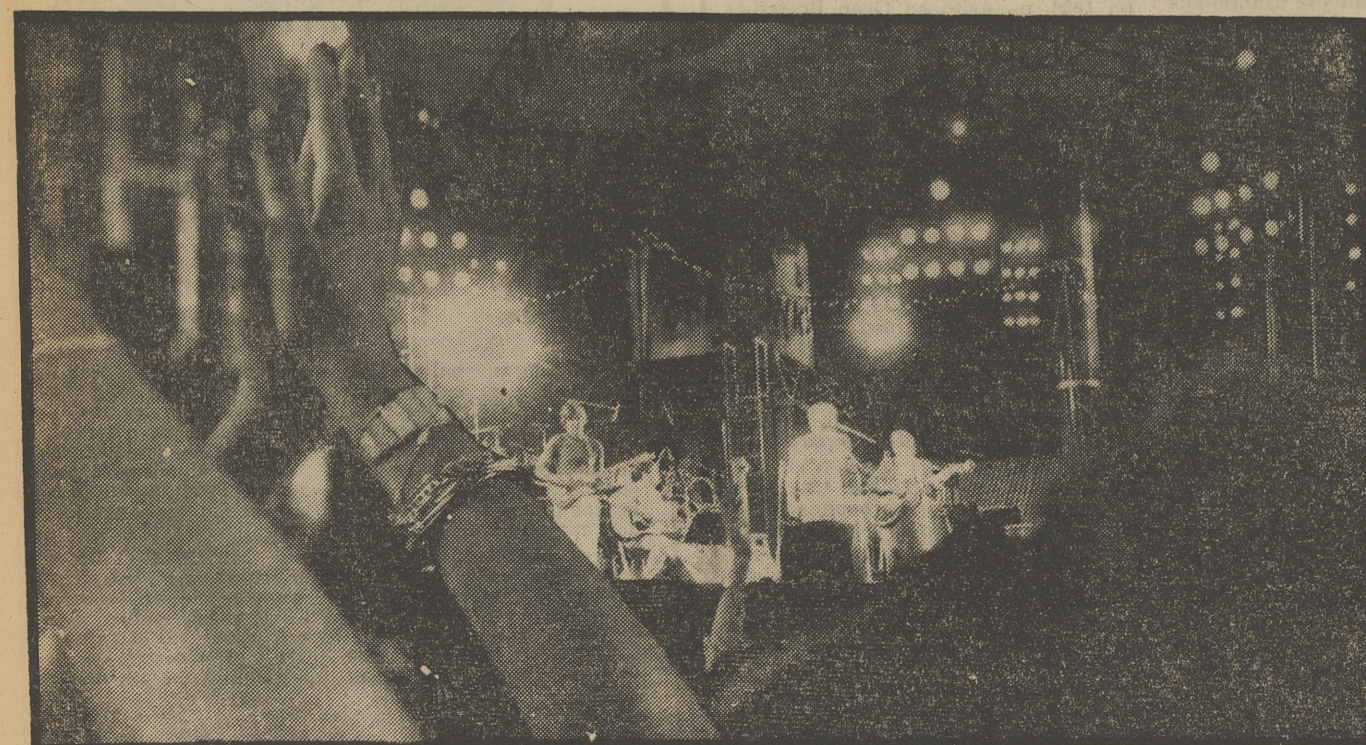
A las diez y cuarto se hizo realidad cuando en medio del delirio aparecieron las figuras de los míticos Simon & Garfunkel, uno moreno y bajito y el otro espigado y rubio, los dos con algunos años más. El escenario quedó teñido en escarlata, luminoso, y sonaron las notas del «Mrs. Robinson»: fue la toma de contacto con la nostalgia, atenuada con la actuación de diez músicos sensacionales que refrescaron el concierto; detrás de la guitarra acústica de Paul Simon retumbaba la batería de Steve Gan, Richard T. daba un recital de piano, los trompetistas no paraban, lo mismo que los dos bajistas, los guitarras... es el trabajo de unos profesionales de categoría.

EL momento de máxima tensión, como era de esperar, llegó con «El puente sobre aguas turbulentas»; en absoluta quietud, la voz de Garfunkel arrullaba las parejas de enamorados y nos recordaba a todos de una u otra inevitable forma lo de otro tiempo. Con el tema siguiente, el clásico «The boxer», hicieron amago de retirada, ante lo que los 40.000 espectadores reaccionaron como cabe de esperar: otra, otra, otra..., y reaparecieron hombro con hombro, bajo la luz negra, que así se llama, aunque es morada. Cantaron, entre otros, «Feelling groovy» y, cómo no, el genial «Sound of silence». Se volvieron a marchar y volvieron a salir; repitieron la de «Late in the evening» y llegó el final, de nuevo con «The boxer», como en la primera tentativa. Pero esta vez fue en serio. Se apagaron las luces y la muchedumbre se agolpó hacia la salida. Ha sido una noche única, memorable, que seguro habrá satisfecho a los muchos miles que se han dejado 1.500 pesetas en las taquillas; a los pocos minutos descargaba la tormenta sobre Madrid.

Carlos VARA DE REY



CONCIERTO PARA 40.000 SOLEDADES



Baladas

JAMAS se vio en un barrio rockero tanto carroza hambriento de balada. Iban disfrazados de lo que no son: con «jeans», camisetas sueltas, chaquetillas vaqueras, zapatillas deportivas, cazadoras de cuero...; habían dejado la corbata y el «prêt à porter» de El Corte Inglés en el armario, a la vuelta de la oficina o del banco, y se habían vestido como lo hacían en aquellos años sesenta, con algo menos de pelo sobre los hombros calvas más pronunciadas, las barriguitas apretando el niki por encima del cinturón, corrido hasta el agujero de hace quince años, bastantes canas y desodorante de lujo en el sobaco.

Afuera, los rockeros, los que no podían pagar las mil quinientas que valía la entrada pululaban con aire de mala baba, intentando colarse. Llevaban camisetas de Barón Rojo, Obús, Ac-DC y ninguna de Dylan, los Beatles o Pink-Floyd. Sentían su barrio inundado por extraños de esos que no se ven con frecuencia en Vallecas, de los que venían a escuchar baladas tristes, molonas, nostálgicas, decadentes, retro, lacrimeras y cantadas a golpe de gorgorito.

—Ahí dentro no hay pobres, decía uno en la puerta intentando colarse.
Los del servicio de orden llevaban buenos palos en la mano y ni dios pasaba sin en-

trada. Los rockeros vallecanos iban acumulando mala leche.
—Pues al final nos tenéis que abrir o la armamos, —amenazaba alguno.



Pasmados de nostalgia

POCOS porros había ayer noche en Vallecas, contra lo habitual entre la juventud del barrio y, sobre todo, en los conciertos de rock. Claro que lo de ayer no era rock, aunque los ya maduros Paul Simon y Art Garfunkel hicieran una versión algo descafeinada del histórico «Maybellene». Se trata —en este rincón— de hacer la crónica difusa de la asistencia al concierto, y a ello venía lo de la escasez de los cannábicos, que no era por mor de ningún instinto policial: es que el personal estaba tan flipado como si en efecto hubiera circulado la grifa: la nostalgia es también un paraíso artificial, como el recuerdo es un artificio de la memoria. En el último tramo del recital encendiéronse los focos que apuntaban a la concurrencia, y ahí se vio una unanimidad en lo atónico que sugiera la estampa del público cautivado por una demostración pirotécnica o, como se dice familiarmente, de fuegos artificiales.

POR lo demás, y para intentar depositar aquí algún diapasón sociológico sobre la casi cuarentena de miles de ánimas congregadas, digamos que erraron los que supusieron que allí no habría más que «treintañeros». Es cierto que los había, digo, y hasta mayores y en abundancia, pero se nos pusieron los vaqueros de fin de semana en la sierra para no desentonar con sus hijos o sobrinos adolescentes, que prefirieron el césped de los gloriosos Felines y Potele para retozar un poco con los años sesenta, que es una década de la que otros hablamos siempre con emoción, y por algo será.

DECIA Diego A. Manrique, viendo al personal en retirada, que eran gentes «de buena crianza». Lo ran, sí, y no dejaba de ser estremecedor contemplar a esas masas en el entorno de monótono ladrillo vallecano y suburbial, con la sugerencia imposible de las periferias invadidas por la burguesía del centro, conquistadas por un ejército de niñas rubias y pulcros galanes.

Agustín TENA

Reportaje gráfico: JUAN MANUEL



SIMON y Garfunkel fueron los músicos de mi intimidad. Los que me acompañaban cuando, encerrado en mi cuarto, con aquel cacharro de tocadiscos, grandote y feúcho, me ponía a escuchar sus canciones. Eran aquellas canciones que me llegaban hasta lo más dentro, me ponían un audo en la garganta y me daban una extraña paz..., y eso que no me enteraba ni patata de lo que me decían en sus letras.

AHORA, bastantes años después, sus canciones siguen enquistadas en algunos recovecos de mi alma y ellos, Paul y Art, han estado aquí, en la ciudad donde vivo —vivo sin vivir en mí—, donde trabajo —y cada día gano menos— y donde nunca creí que vinieran. Desde el césped del campo del Rayo los veo, tan lejos y tan cerca entre luces de mil colores, y lo que menos me importa es todo, todo menos saber que están aquí, que han venido hasta aquí y que, aunque no pueda verlos de cerca, sé y noto que ellos, los que tantas veces compartieron mis soledades, hoy siguen acompañándome mientras otros 40.000 solitarios, como yo, también creen formar hoy con su Art y su Paul, un trío de amigos de toda la vida.

EL gigantesco escenario, con esa especie de bidón descomunado con el nombre de la pareja, da una imagen entre portuaria, espacial y de ciencia-ficción al «pontifical» vallecano. Estamos asistiendo a un «auto sacramental» irrepetible. Quizá su realidad le quite magia, pero es ésta la sublimación obligada a una pasinó tan duradera.

CON «La feria de Scarbur...», diantres», han empezado a encenderse los mecheros y, aunque sigue el trasiego del personal de un lado a otro del estadio, y no cesan los ataques a las puertas de los que se han quedado fuera, hay como un sobrecogedor respeto que flota por encima de todos; son, deben ser, los recuerdos, las vivencias que esta música que estas canciones han arropado en cada uno de nosotros.

TODOS palmeamos y coreamos cuando el tema nos pertenece. Y los hay que se ponen de pie; y los de detrás también. Y en un instante todos nos tapamos, pero nadie pierde los papeles, nadie grita; hay respeto en «el pontifical». Algo que arrastráramos desde tiempo se está consumando esta noche.

AHORA canta Paul Simon solito y un saxo genial se marca un puente estremecedor. Luego Art Garfunkel, con su magistral «Ojos brillantes», hace que los mecheros vuelvan a encenderse, que a todos nos brillen los ojos y que, al final, puesto todo el estadio en pie, se consigue uno de los grandes momentos de la noche.

CON «El cóndor pasa» crecen las palmas y los coreos..., y los mecheros y hasta las bengalas... Y el dúo de flauta y xilofón..., o así. Luego, con «Maybellene», se consigue el ambiente más alegre.

EL personal del exterior sigue aporreando las puertas y gritando, mientras Art comienza a «rezarnos» su «Puente sobre aguas turbulentas» y los mecheros se encienden de nuevo y un avión, en silencio y con respeto, cruza el cielo del estadio.

Y «El boxer», que volverían a cantar en su bis final... Y el personal de la calle que grita... Y los de dentro, que piden otra, otra, otra...

Y los ciento veinte tiarrones de seguridad, que temen que las puertas se vengán abajo... Y ese botellazo que recibe uno de ellos por asomar la jeta al exterior... Y ese estadio que brilla con todas sus luces y nos descubrimos unos a otros de vuelta a la realidad. En este «solemne pontifical» hemos consumado y enterrado muchas cosas. Ha sido la ceremonia imprescindible después de tanto tiempo. Ya hemos visto, aunque de lejos, a Simon y Garfunkel. Ya se ha cumplido el ciclo. Y ahora todos nos vamos bailando, mientras «El boxer» sigue con su eterno combate.

José ASENSI



en la tierra del rock

LA «ROBINSON»

LA sombra del graduado Dustin Hoffman planeó sobre el estadio donde juega el Rayo sus partidos de Liga cuando Simon y Garfunkel, aparecidos entre los focos, entonaron de sopetón «Mrs. Robinson». Eran como dos sombras chiquititas en la lejanía, rodeados de orquesta, de saxos, pianos y baterías, saludando a todos, aquella figura larga de Garfunkel al lado del chiquitajo Simon:

«Dios te bendiga, Mrs. Robinson; el cielo guarda un sitio para aquellos que rezan.»

● Luego empezaron las baladas. La gente encendía los mecheros y aquello parecía las luminarias de un ejército en marcha o la vía láctea atravesando los cielos. Las parejas de la época se intercambiaban miradas soñadoras. ¿Cuántos filetes, magreos y

lotes se habrá dado la Humanidad al sonido de «Scarborough Fair»? Lloraban ahora las mujeres de treinta y tantos, todas ya algo caderonas, con un par de hijos en casa, muchas separadas y buscando trabajo de relaciones públicas o de dependienta fina en una boutique de lujo, probablemente pensando que deberían haberse casado con un tipo como yo y no con el oficinista o bancario con el que andan en pleito de divorcio. Melancolía, nostalgia, romanticismo, sueño, canciones suaves y dulces..., y un rockero, vestido con una camiseta de AC-DC, que paas entre la gente comentando la canción con acento macarra:

—Cómo lloran los tíos, cómo lloran...

MÁS MECHERITOS

A mi lado, un grupo de veintañeros va ya por el cuarto porro. Me miran de

reojo la corbata, sobre todo la corbata. Al quinto canuto, a uno se le ocurre ofrecermé: —Usted perdone, pero si quiere darle un poco al chuchu...

● Los jóvenes se agitan más cuando brinca la batería y el piano se calla un ratito. Agitan el cuerpo, pegan unos cuantos berridos y lanzan vivas al rock. Pero vuelven las baladas otra vez y los «bics» se encienden nuevamente.

● Cuando llega «América» parece resucitar Marcuse y un aire de Berkeley o de mayo francés recorre el campo. Los carrozas vibran como si hubieran vivido aquellas revueltas, como discípulos de Luther King o contestatarios de Vietnam, como defensores de los derechos de los negros y cruzados del pacifismo..., olvidando que vivían entonces en un país donde los «grises» corrían a gorracos a quien tosía y donde el «invicto» gobernaba bajo palio los destinos de las generaciones. Todos se sentían allí americanos entonando «América», hijos de Dy-

lan y de la Baez, hermanos de Mamas and the Papas y tios de Neil Young y James Joplin. Y cuando salió la canción dedicada a Lennon, Kennedy y Luther King, nadie se enteró que era un estreno de Art y Paul para Madrid y la tomaron por otro himno más del repertorio.

EL PUENTE Y LAS AGUAS

EL Cóndor peruano levantó de nuevo los mecheros y los coros y el aire de la nostalgia se iba metiendo hasta los huesos de los médicos de indumentaria progre y los pene-enes de barba retro. Se perdonaron un par de desafinados a Garfunkel y un sólo horrible de Simon. Y la apoteosis llegó.

● Llegó en forma de puente sobre aguas turbulentas. Más mecheros que nunca, y todo el estadio cantando o tarareando unas letras que apenas si entendía. El estribillo, sin embargo, esta-

ba en boca de todos: «...like a bridge over troubled water...»

Todos éramos peritos en la canción. Y nadie cantaba «water», sino «warer», que es como suena en americano el vocablo en cuestión. El «warer» corría de boca en boca entre casi cuarenta mil expertos en «gonnas», «gotas» y otros vicios dialectales del inglés de los USA.

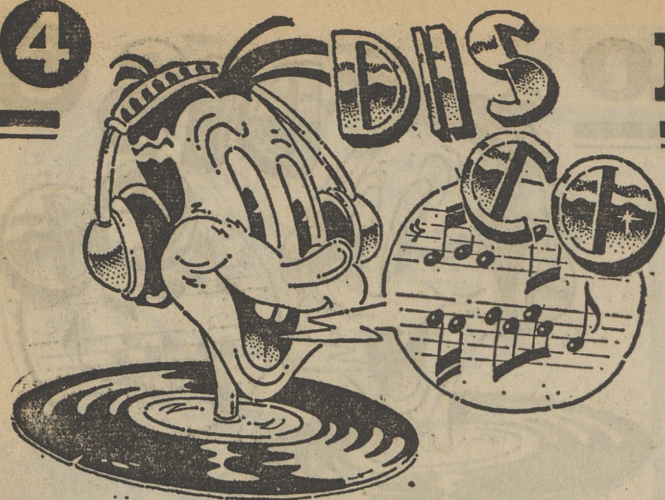
● Y el puente sobre las aguas turbulentas se llenó todavía más con las lágrimas vrefidas en Vallecas... y oía a gas el río con tanto mecherito empeñado en volver cursi la noche tormentosa que no paraba de amenazar lluvia.

Y ATACARON LOS ROCKEROS

EL fin de fiesta hubo que requerirlo con palmas de tango... Ya por entonces, la paciencia de los rockeros del exterior había llegado a su límite: golpeaban en las

puertas de chapa, arrojaban por los resquicios latas vacías de cerveza y botellas de agua tónica... cada vez que se entreabría la puerta, floviaban los escupitajos y los insultos, y a uno del servicio de orden se le estrelló en la cabeza un casco de cerveza El Aguila y le dejó K. O. Los rockeros vallecanos andaban en rebelión, protestando violentamente contra aquellos hombres y mujeres de tez pálida y rubia que habían llegado desde las llanuras fértiles de Argüelles, Majadahonda y Salamanca a invadir sus territorios, a traer la balada a esas montañas vallecanas, donde impera el tamtam de un rock urbano duro, dramático e implacable. Varias furgonetas del Séptimo de Caballería tuvieron que acudir a proteger a aquellos miles de colonos «rostros pálidos» que osaron bajar anoche a escuchar baladas en las colinas de la ira.

Javier MARTINEZ REVERTE



POP ROCK Por Agustín TENA

Admirable iniciativa discográfica

NM, A LA VANGUARDIA

NEUVOS Medios es el nombre de una recién nacida compañía que tiene la valentía de importar los productos poco fáciles de cara al mercado...

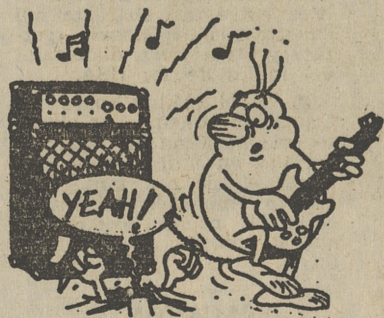
Los primeros elepés publicados son el «Movement», de New Order, grupo descendiente de los célebres y malditos Joy Division...

QUARTER FLASH



LA irrupción de Quarter Flash en el panorama del pop-rock es también, y muy principalmente, la revelación de una voz femenina. Cindy Ross—de delicioso timbre, registro largo y dulce, enternecedora y levemente triste...

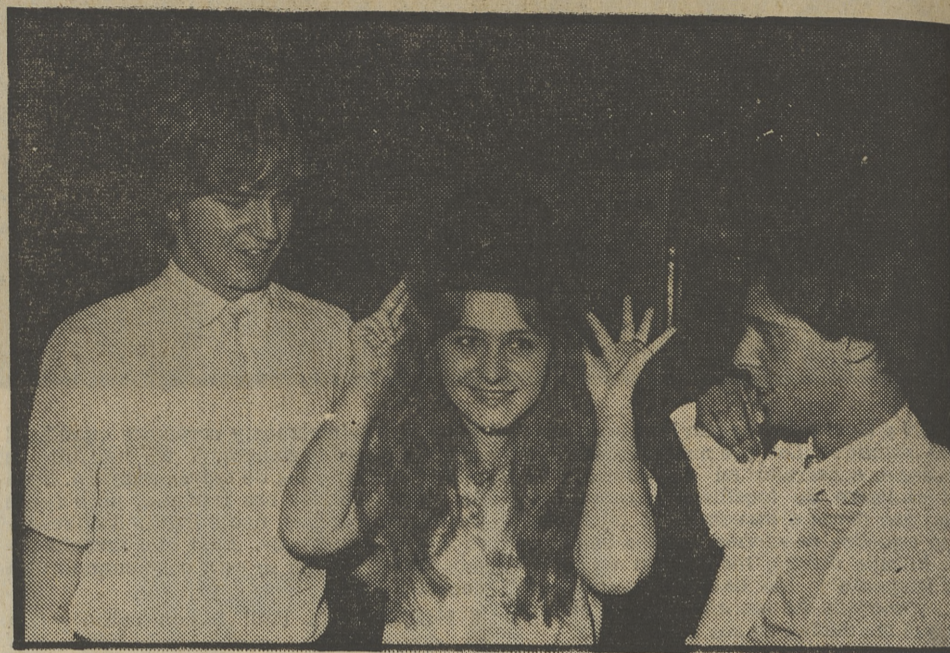
pronto un elepé con nueve temas de la altura de ese maravilloso «Harden my heart» («Endurecer mi corazón»), y entonces los críticos le harán tanto caso como los aficionados que en USA les han llevado al top 3...



en vivo por Carlos VARA DE REY

Nicole le vino a Madrid

SE encuentra en Madrid, para promocionar su imagen y su canción ganadora del Festival de Eurovisión, Nicole. Se ha convertido en una auténtica estrella de la música de la noche a la mañana...



A Nicole le dio tiempo de «jugar» con Javi y Pancho, los de «Verano azul», que ya han grabado su primer sencillo

—Pienso que se debe a que hablo inglés. Y a los ingleses les agrada que se hable su idioma como ellos. Creo que un cantante alemán puede triunfar en el mercado inglés con una buena pronunciación del idioma.

—¿Es el idioma el que dificulta que una canción alemana consiga triunfar fuera de la propia Alemania y de los países nórdicos?

—Sí. Creo que sí. El idioma es muy difícil.

—¿Cuántos discos has conseguido vender en estas pocas semanas?

—Más de dos millones. —¿Ha cambiado en algo tu vida tras el éxito de Eurovisión?

—No. Sigo siendo la misma. El único problema grande que encuentro en estas semanas es que no dispongo de tiempo para mí, para poder practicar mis «hobbies», que son la pintura y el baile.

—¿Y te molesta? —Si se trata de algo temporal, no.

—¿Pensas que este triunfo te va a durar toda la vida?

—No, por supuesto que no, aunque pienso que el ser «número uno» en tantos países hará que nada vuelva a ser igual que antes. Ya nunca podré ser como antes de Eurovisión.

—Estabas estudiando. ¿Pensas abandonar tus clases para aprovechar el buen momento en que te ha colocado el haber ganado el Festival de Eurovisión?

—No. Por encima de todo, pienso terminar mis clases en el colegio.

—¿Pensas estudiar alguna carrera después?

—Sí. Por supuesto que sí. Quiero licenciarme en francés, geografía y deportes.

—¿En las tres cosas a la vez?

—Sí, porque en mi país funciona así. Puedes estudiar estas cosas a la vez.

Viene de Bélgica. Ha visitado anteriormente Holanda e Inglaterra. Es su primera gira y la está haciendo en gran estrella. De estrella, eso sí, con mamá al lado, que no sólo van a ser nuestras folklóricas.

En contra de la imagen que presumía, posiblemente por ser alemana, es una muchacha de ademanes dulces y de aspecto físico muy delicado. E incluso, si me apuran, hasta bajita. No se trata, desde luego, de la alemana al uso.

—Nicole, de verdad, ¿pensabas que podías ganar con una canción como «Un poco de paz», que no tenía nada de festivalera?

—Sí, porque mi canción era buena para ganar. Eurovisión es un concurso de canciones, no de baile y de coreografía, porque eso, después, a la hora de la verdad, no se ve en el disco. Sólo importa lo que se canta.

—¿No crees que también debió de ayudar algo a que te alzaras con el premio el que cantabas a la paz en un momento en que todo son guerras?

—Yo pensé que era un buen momento para hablar de paz cuando todo el mundo, en efecto, lo hace de guerras.

Me explica que, de haberlo deseado, podría haber presentado también

“Nunca volveré a ser la misma”

“El año anterior estuve preseleccionada para el festival, pero me quedé la última”

—¿Qué cantantes te gustan para escuchar?

—Barry Manilow.

—¿No te da miedo el no poder igualar este éxito?

—No me preocupa, porque sé que ésta es una profesión de altibajos. No siempre voy a estar arriba. Lo que me importa actualmente es que he conseguido ya siete discos de oro.

—¿Sólo con esta canción?

—He tenido otros éxitos anteriormente. El pasado año estuve a punto de poder concurrir a la preselección del Festival de Eurovisión, y no lo hice por un puesto. Quedé la trece de doce aspirantes. Sin embargo, mi canción fue la que consiguió mayor éxito de todas. Llegó a «número uno».

Es posible que Nicole no sea sólo fruto de una o dos canciones y de un éxito temporal, conseguido gracias a un festival, que los que fracasan al poco tiempo achacan a la «maldición» de Eurovisión, cuando este mismo certamen ha hecho, por poner un solo ejemplo, de Abba el grupo más rentable de la música moderna de todos los tiempos, incluidos los Beatles.

J. A. DE LAS HERAS

Fotos M. FRANCO

¡Bienvenida, la sala Morasol!

LA nueva sala Morasol es una realidad; pasado mañana y el sábado abrirá sus puertas en lo que será su inauguración oficial, ofreciendo como primera actuación en vivo la de Nacha Pop, que presentarán su último elepé.

El local está ubicado en la calle Pradillo, número 4, en el madrileño barrio de Prosperidad (junto al parque de Berlín), construido sobre el antiguo cine Morasol; es decir, «a lo grande», con dos pisos y acondicionada con los últimos adelantos; uno de éstos se refiere al sonido —como discoteca— denominado «flying system». Otra novedad en salas de concierto y que tendrá Morasol es la proyección de películas musicales en 35 milímetros... y muchas otras maravillas de la técnica que pronto tendremos ocasión de admirar.

La programación para los primeros días de Morasol está prácticamente confirmada, y queda de la siguiente forma:

● Días 28 y 29, Nacha Pop, en el bautismo musical de la sala. Las entradas pueden adquirirse en Escridiscos y en la misma discoteca a 500 pesetas.

● Días 1 y 2, The Boys.

● Días 3 y 4, Alaska y Los Pegamoides.

Con lo cual, los primeros actos programados denotan que lo de Morasol va en serio. Evidentemente, la hegemonía de los de Rock Ola está seriamente amenazada y puede pasar a llamarse Rock Adiós si no cambian radicalmente de planificación. Lo de Morasol es una nueva alternativa (ojalá que de una vez por todas válida) para el pop-rock nacional e internacional. En su día, los de Carolina y Rock Ola compitieron, y el resultado fue, hasta que se mantuvo la primera, un gran número de conciertos interesantes; pasado mañana, cuando actúen los Nacha Pop, puede comenzar una etapa gloriosa a nivel de música en directo. Lo veremos con el tiempo. De momento, se agradece una noticia tan refrescante en plena sequía de actuaciones.